

La fundación de un fuerte en la Araucanía: Toltén en 1867 o la derrota de las serpientes¹

FLORES CHÁVEZ, Jaime/ Universidad de La Frontera - jaime.flores@ufrontera.cl

ARAYA NAVARRO, Roberto/ Universidad de La Frontera - roberto.araya@ufrontera.cl

Bloque III: Expansión estatal y territorios indígenas

» Palabras claves: ciudades - resistencia mapuche - territorios

» **Introducción: Coyuntura y Simbolismo**

Las confrontaciones se desarrollan en el terreno de la materialidad y en el plano de lo simbólico. El éxito o fracaso de las partes en pugna pasa por utilizar y aquilatar adecuadamente ambos aspectos. Algo de ello se vivió la mañana del 8 de enero de 1867 en las proximidades de la desembocadura del río Toltén y lo consigna Horacio Lara en su Crónica de la Araucanía.² Allí se reunieron a parlamentar las tropas al mando de Cornelio Saavedra y un importante grupo de caciques y mocetones de las reducciones de Toltén, Pullan, Cumuy, Molco, Pitrufrquén, Imperial, Boroa, Maquehua y Villarrica, entre otras. Por parte de Saavedra el propósito era claro, instalar un fuerte en dicho lugar y otros en las proximidades. Para los mapuches este tipo de reuniones no les eran ajenas. Desde siglos se habían dado y, seguramente, se continuaría con estos rituales en el futuro.

Sin embargo, esta fue diferente. Dos días antes habían desembarcado en Queule, a unos pocos kilómetros al sur, una batería de artillería y 350 infantes, más víveres, pertrechos de guerra y elementos de construcción. Todos los soldados y materiales habían sido transportados hacia dicho lugar por los vapores Ancud, Fósforo y Antonio Varas. Luego, el jefe militar, se trasladó al sitio del parlamento acompañado de sus soldados y el intendente de Valdivia. Como en otras oportunidades, la banda militar y sus marchas no estuvieron ausente. Esta acción emprendida los primeros días de 1867, formaba parte de una estrategia mayor que tenía por propósito terminar con la ocupación y control de la costa de la Araucanía, luego de la fundación de Lebu y el fuerte Quidico ubicados al norte del río Imperial. Restaba el trayecto entre este último punto y Toltén, tarea que se estaba materializando.

¹ Este artículo es tributario de los Proyectos DIUFRO N° DI19-0028 y FONDECYT N°1210592.

² Lara, Horacio (1889). *Crónica de la Araucanía. Descubrimiento i Conquista. Pacificación Definitiva i Campaña de Villa-Rica*. Tomo II, Santiago, Imprenta de "El Progreso". Para este hecho seguiremos la presente crónica. Cornelio Saavedra consigna este parlamento en forma breve y sin grandes detalles en su Memoria de 1867 dirigida al Ministro de Guerra.

Iniciado el parlamento, y luego de terminado los “saludos de estilo”, Saavedra les manifestó que “su presencia en aquel lugar no la tuviesen a mal; que él llegaba en protección de su territorio i sus intereses, que eran los mismos de los demás pueblos de la República que se encontraban amenazados por la guerra que se sostenía con sus antiguos enemigos, los españoles”.³ Había inquietud entre los caciques por la presencia militar y, a pesar de estas palabras, desde el primer momento se lo hicieron ver argumentando que, “ellos eran bastante fuertes i valientes para defender sus campos i sus intereses, i en consecuencia, haría mui bien el coronel en mandarse mudar con sus soldados i que ellos no lo necesitaban” (Lara, 1889: 294).

Frente a esta oposición, el coronel Saavedra, les señaló que él no tenía el propósito de quedarse en sus tierras en contra de su voluntad, pero debía defender el interés general de Chile y no podía dejar a ellos la custodia de las costas ya que, los buques españoles podían, en cualquier momento, penetrar por sus ríos y desembarcar sus tropas. Pero los caciques reiteraron su rechazo, señalando que, “eso no podía suceder porque la desembocadura de sus ríos en el mar lo defendían grandes serpientes, que no permitirían la entrada de ningún buque” (Lara, 1889: 295). Previendo una situación de esta naturaleza, Saavedra había ordenado hacer exploraciones de la barra del Toltén identificando que, con marea alta, era posible sortearla, por ello cuando se cumplió la hora en que se producía la pleamar y coordinado con el capitán del vapor Fósforo, invitó a los caciques a observar la maniobra del barco penetrando por el río. Los indígenas “presenciaron asombrados este acontecimiento” (Lara, 1889: 295). La derrota simbólica se había producido.

En efecto, más allá de limitarse a pensar que lo dicho por los caciques era una alusión a las olas producidas por la “barra del Toltén”, creemos que es posible analizar las argumentaciones de los líderes mapuches como parte de algo de mayor complejidad y simbolismo. Quienes tomaron la palabra en dicho parlamento e hicieron alusión a “las serpientes”, probablemente se referían a Cay-Cay y Tren-Tren, serpientes que dan forma al mito de origen del pueblo mapuche. En éste, la primera representa el Agua y la segunda, la Tierra, con lo cual el cruce de la barra, por parte del barco a vapor, pudo tener un sentido más simbólico. Desde esta perspectiva, los mapuches eran vencidos por sus propias creencias, más que por la superioridad militar y tecnológica de los chilenos, manifestada en ese hecho.

Con todo, al día siguiente el parlamento continuó, oportunidad en que los caciques reiteraron su negativa. Uno de ellos con vehemencia le señaló:

"Mira coronel, ¿no ves este caudaloso río, estos dilatados bosques, estos tranquilos campos?
¡Pues bien! Ellos nunca han visto soldados en estos lugares. Nuestros ranchos se han
envejecido muchas veces y los hemos vuelto a levantar; nuestros bancos el curso de los años
los ha apolillado y hemos trabajado otros nuevos, y tampoco vieron soldados; nuestros
abuelos, tampoco lo permitieron jamás. ¡Ahora! ¿Cómo quieres que nosotros lo permitamos?"

³ Recordemos que en ese momento Chile se encontraba en Guerra con España, situación que explicaremos más adelante.

¡No, no! Vete coronel, con tus soldados; no nos humilles por más tiempo pisando con ellos nuestro suelo" (Lara, 1889: 196).

Al escuchar estas palabras los concurrentes no pudieron “menos que conmovirse” ya que los caciques estaban “defendiendo la independencia de su suelo, de sus usos i costumbres que sentían amenazados” (Lara, 1889: 196). Según Lara, Saavedra les habló y logró tranquilizarlos “algún tanto”, luego los invitó a los lugares destinados a su alojamiento donde “le esperaba abundante comida un buen número de toneles de mosto i la banda de música” (Lara, 1889: 196), la “fiesta” se prolongó por dos días.

El cronista termina por escribir, “Tal fue el resultado i medio empleado para establecer la plaza de Tolten; i aunque los indios no convinieron espresamente en esta ocupación ni en la de Queule, no resistieron tampoco a los trabajos de fortificación que sin pérdida de tiempo se emprendieron, los que, ocho días después, ponía a la tropa al abrigo de cualquier sorpresa i mejorando la fortaleza i población que se delineó hasta dejarla libre de todo amago” (Lara, 1889: 196-297), afirmando que “Ante estos hechos no era extraño que los araucanos llamaran el brujo al coronel Saavedra” (Lara, 1889: 197).

› ***Estado y centro urbano como proceso***

Más allá de la coyuntura de este momento, es necesario adentrarse en el proceso de más largo aliento para comprender su real alcance. Ello implica tener presente que para mediados del siglo XIX el Estado nación chileno había acometido la tarea de expandirse al sur del río Bío Bío para lograr la “integridad nacional” (Saavedra, 1870: 7). Las diversas propuestas de ocupar y transformar el territorio mapuche tenían como uno de sus pilares la fundación de centros urbanos. Cornelio Saavedra observaba que las misiones habían sido ineficaces en este propósito, en cambio los fuertes constituían el “origen de las actuales poblaciones de la frontera” (Saavedra, 1870: 12) y era esperable que lo serían en el futuro. Los fuertes, en algunos casos proyectados como futuros pueblos, se veían como una herramienta poderosa para el sometimiento de los mapuches y la transformación de su territorio, fuerte-pueblo-ciudad constituían la base para la acción estatal. No podía ser de otra forma, Charles Tilly sostiene que la asociación entre Estado y ciudad constituye un binomio presente a lo largo de, por lo menos, el último milenio en la historia de occidente (Tilly, 1990). Esto nos proporciona un punto de entrada para observar que el establecimiento de centros urbanos en la Araucanía está directamente vinculado a la necesidad de establecer Estado o que la instalación del Estado chileno es consustancial a la fundación de ciudades en el Gulumapu.

Desde esta perspectiva, la resistencia mapuche a la instalación de fuertes y misiones, constituye un rechazo al establecimiento estatal en su territorio. Más aún, los mapuches resistían las misiones entre otras razones porque éstas, decían, eran la antesala de los fuertes que devenían en pueblos. Como una acción

premonitoria, ello era lo que estaba ocurriendo en Toltén, donde un par de años antes se había instalado una misión y ahora, estaba construyéndose un fuerte. Era esperable lo que vendría a futuro.

La derrota militar indígena, hacia 1881-1883, deja un camino con menos obstáculos para el establecimiento y desarrollo de las ciudades, la vida urbana y una mayor presencia estatal. Camino iniciado con anterioridad en el marco de la expansión capitalista en donde la ciudad proporciona una espacialidad para la instalación de instituciones a cargo de una burocracia estatal (marcadamente militar en una primera instancia) que se multiplica apresuradamente, al tiempo que se constituye en un espacio de concentración económica expresada en el comercio, la banca, industria, entre otros sectores.

Es el conjunto de estos centros urbanos los que marcan el ritmo de largo plazo en la rearticulación del territorio, particularmente aquellos elementos como su localización y su trazado que son expresión de una ideología de la ocupación, de una decisión de ocupar-poblar-dominar en un momento específico de la historia. Este momento germinal de decisiones uniformes (un grupo que decide) y concentradas (más o menos 30 años de fundaciones) marcan esta lógica territorial militar-capitalista que está en la base de la Araucanía chilena y que se fue consolidando con el pasar del tiempo.

Hemos querido aproximarnos a este proceso a partir del caso de la fundación de los fuertes de Queule y Toltén en el verano de 1867, en el entendido que permite develar el sentido e implicancias que adquieren los centros urbanos en el proceso de ocupar y dominar la Araucanía por parte del Estado chileno. Sostenemos que los centros urbanos constituyeron un dispositivo central en la desarticulación del territorio indígena y la construcción del territorio nacional, por ello creemos posible afirmar que la Araucanía mapuche, en tanto territorio, se articuló sin ciudades; por el contrario, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la Araucanía “chilena” se construirá desde las ciudades.

› **Localizar-Ocupar-Dominar o la fundación del fuerte Toltén**

La campaña militar destinada a ocupar el territorio *lafkenche* entre los ríos Imperial, por el norte y Toltén, por el sur, estuvo marcada por factores internos y externos. Entre los primeros, se encontraba la necesidad de continuar con el proceso de control militar de la costa, en el marco general de la ocupación del territorio indígena, lo que se había avanzado con la fundación de las plazas de Lebu y Quidico, en la parte norte del litoral de la Araucanía. Pero fue un factor coyuntural, y ajeno a la dinámica de las relaciones interétnicas de La Frontera, el que terminó por precipitar la decisión, la Guerra entre Chile y España.

En efecto, Chile había mostrado su apoyo a Perú en el conflicto que lo enfrentaba a España por la toma de las islas Chinchas, situación que llevó al presidente chileno a declarar la guerra a España en septiembre de 1865. Parte de la escuadra española, ubicada en las costas de Perú, se desplazó a las de Chile, produciéndose algunos combates y el bombardeo del principal puerto chileno, Valparaíso, el 31 de marzo de 1866, que lo

redujo a escombros. Luego, la flota se alejó de las costas de Chile, pero como la guerra no se diera formalmente por terminada,⁴ el peligro seguía latente a pesar de que en mayo la escuadra española se alejaba definitivamente de Perú.

Este conflicto terminó por convencer a las autoridades políticas y militares sobre la necesidad de asegurar la costa de la Araucanía ante un posible enemigo externo que no sólo desembarcara tropas sino también, pretendiera reclamar este territorio para sí como lo había hecho seis años antes el aventurero francés Orelie Antoine, autoproclamado Rey de la Araucanía.⁵ Además, debido al conflicto con España, un considerable número de hombres estaban en armas, parte de los cuales fueron utilizados en la ocupación de la costa.

Al temor del enemigo externo se unía el miedo al mapuche, visto como “enemigo interno”, acrecentado con las dificultades de trasladar tropas del ejército chileno por el territorio mapuche para resguardar la plaza de Valdivia. Así lo manifestaba el Intendente de la provincia homónima, al señalar que éstos eran una amenaza permanente y causa de inseguridad para la “población civilizada” más aún si no había una línea de frontera, un fuerte o guarnición que los protegiera, quedando la provincia bajo su administración “a los caprichos de los naturales”, razón por la que urgía al Gobierno a efectuar una campaña similar a la que había realizado en la costa, al norte del río Imperial.⁶

Así, en diciembre de 1866, Federico Errázuriz, ministro del Gobierno de José Joaquín Pérez, instruía al Comandante en Jefe de las fuerzas expedicionarias en la costa de Arauco, Teniente Coronel don Cornelio Saavedra⁷ respecto del plan que debía ejecutar a partir de aquel verano.⁸ Saavedra era un militar experimentado en la guerra con los mapuches, él había encabezado el avance hasta Angol en 1862.⁹

Más que instrucciones específicas de la ocupación de la costa de Araucanía, el documento enviado al jefe de la expedición militar revelaba el pensamiento del gobierno sobre la total reducción del territorio indígena, con el propósito de que Saavedra, teniendo el panorama global de la ocupación se ajustara desde un principio, a él en sus procedimientos y operaciones. El plan sostenía la necesidad de ocupar todos los puertos y caletas de la Araucanía que fueran de fácil acceso por mar evitando de esta manera, cualquier amago de algún enemigo exterior,¹⁰ a la vez proteger y dejar expeditas las comunicaciones terrestres con

⁴ La Guerra se terminó con la firma de un armisticio el 11 de abril de 1871.

⁵ Para un análisis sobre la presencia del francés Orelie Antoine en la Araucanía ver Arturo Leiva (1984). *El primer avance a la Araucanía. Angol 1862*. Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera.

⁶ Archivo Regional de la Araucanía (A.R.A.), Memoria Ministerio del Interior (M.M.I.) 1866, Memoria del Intendente de Valdivia, Valdivia, junio 6 de 1866, pp. 165-167.

⁷ Cornelio Saavedra había sido nombrado Jefe de la División de ocupación el 12 de noviembre de 1866, el 10 de diciembre recibió las instrucciones a que se hace referencia.

⁸ A. R. A., Memoria del Ministerio de Guerra (M. M. G.) 1867, Órdenes dadas al Comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias en las costas de Arauco, Teniente Coronel don Cornelio Saavedra por Federico Errázuriz, Santiago, diciembre 10 de 1866.

⁹ Un estudio de la refundación de Angol nos lo ofrece Arturo Leiva (1984). *El primer avance a la Araucanía. Angol 1862*. Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera.

¹⁰ Recuérdese que en 1866 se había producido la Guerra con España.

las provincias del sur de la República teniendo en cuenta las dificultades producto de estar, dicho territorio, en manos de los mapuches.

Además, se argumentaba la necesidad de tener puntos avanzados para contener cualquier alzamiento de los indígenas sobre “poblaciones civilizadas”. Estos, ubicados en Queule, Toltén e Imperial, eran vistos como centros de apoyo para emprender la completa reducción del territorio mapuche incorporándolo, definitivamente, al resto de la República y así traer la seguridad a la región, estimular la actividad económica e incorporar miles de hectáreas “incultas i abandonadas”. Agregaba que, la mayor parte eran terrenos baldíos que contribuirían poderosamente a “aumentar la renta del estado, dividiendo esos terrenos en hijuelas, para vender una parte de ellos a censo redimible i otra parte destinarlo a colonos nacionales i extranjeros, comprendiendo en los primeros a los individuos licenciados del ejército que solicitasen fijar su residencia en aquellas localidades”.¹¹

Aunque nos resulte un contrasentido, en el documento se advertía que, no era el propósito efectuar actos de “hostilidad contra los indios”, por el contrario, se deseaba procurarles todo género de “protección en sus vidas e intereses”, dejando al “tiempo i al contacto con la población civilizada, como a la influencia de las misiones, el que se opere un cambio favorable en las costumbres i hábitos de los indígenas.” Este punto, era especialmente recomendado a Saavedra, señalándole que debía conservar, por todos los medios posibles, la amistad de los mapuches y sólo en caso muy extremos, “cuando estos se rebelen contra las disposiciones del Gobierno, le será permitido usar de las fuerzas de su mando para castigar su desobediencia”.¹²

Como primer paso de la ocupación del territorio *lafkenche*, se planteaba un reconocimiento detallado a fin de definir con precisión los puntos más adecuados para el establecimiento de “plazas fuertes i centros de una población”, para ello el Gobierno puso a disposición los vapores de la República Ancud, Maule y Fósforo, y algunas embarcaciones menores.

Una vez instalados y efectuadas las obras necesaria para la protección de los fuertes, se instruía a Saavedra fijar su atención en el estudio de la manera más conveniente de ocupar el valle central de La Frontera utilizando “ajentes de confianza i de intelijencia” para que, recorriendo todo el territorio mapuche, obtuviesen datos sobre el número de indígena en cada tribu —y en caso de guerra, los caciques de más influencia—, el número de lanzas que podían reunir, la fortuna de cada tribu y cuáles eran sus bienes. Observar si éstos eran “labradores o pastores”, estar al tanto de los lugares secretos en que escondían la familia y el ganado en tiempo de guerra, conocer detalladamente los caminos para advertir los pasos precisos en que se podía detener al enemigo, la calidad y condiciones de éstos y de los ríos para el transporte

¹¹ A. R. A., M. M. G. 1867, Órdenes dadas al Comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias en las costas de Arauco, Teniente Coronel don Cornelio Saavedra por Federico Errázuriz, Santiago, diciembre 10 de 1866, p.1.

¹² A. R. A., M. M. G. 1867, Órdenes dadas al Comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias en las costas de Arauco, Teniente Coronel don Cornelio Saavedra por Federico Errázuriz, Santiago, diciembre 10 de 1866, p.1.

de pertrechos militares y en el futuro comerciales, procurando levantar planos de las consideraciones señaladas.

Además, se recomendaba la realización de parlamentos en forma frecuente a fin de mantener la “armonía” entre las parcialidades indígenas y que éstas prestasen su apoyo a los trabajos que se debían ejecutar. Sin embargo, se advertía que la negativa o excusas dada por un cacique para no asistir a estas juntas, debía inducir a tomar medidas de precaución destinadas a desbaratar cualquier intento de ataque, castigando a los culpables.

Errázuriz advertía que el comercio con los mapuches debía estar sujeto a las plazas militares, con el propósito de que los indígenas se “acostumbren a estar más en contacto con la jente civilizada”, a la vez que la autoridad militar pudiera vigilar los fraudes que los chilenos hacían a los mapuches y que eran causa de conflictos. Excepcionalmente se podía autorizar, por escrito y con tiempo determinado, la introducción de algún comerciante en territorio indígena.

Se instruía a Saavedra para que comprara todos aquellos terrenos de indígenas más inmediatos a las plazas militares, siempre que su costo no excediera de “veinticinco a cincuenta centavos la cuadra”, destinando una parte a los primeros cien pobladores que desearan avecindarse allí, dándoles un sitio en el pueblo y diez cuadras en el campo. Lo mismo podía ocurrir con los soldados licenciados exigiéndoles que, al cabo de un año, cerraran la hijuela y el sitio además del establecimiento de una “posesión”. Para los otros miembros del ejército, se establecía una equivalencia entre su grado y la cantidad de tierra a la que podía acceder. Los Jefes de cuerpo, 200 cuadras; Sargentos Mayores, 150 cuadras; Capitanes, 100 cuadras; los demás oficiales subalternos, 50 cuadras y los sargentos y cabos, 25 cuadras, debiendo cerrar sus tierras en uno o dos años y establecer una casa habitación por cada 50 cuadras. Los que no cumplieren, serían privados de este beneficio. Los Jefes de la División, los Gobernadores y Comandantes de plaza no podrían adquirir ninguna propiedad territorial para “evitar inconvenientes”. El resto de los terrenos adquiridos por el Estado se venderían en la forma que, oportunamente, el gobierno determinara.

Al mes de haber sido nombrado Jefe de la División, Cornelio Saavedra se dirigió a Valdivia para entrevistarse con el Intendente e informarle de la comisión que se le había dado y obtener de éste, datos que pudieran contribuir a su feliz realización.¹³ La autoridad le manifestó que los mapuches no estaban dispuestos a cumplir la promesa hecha al gobierno, en el sentido de permitir la internación de tropas chilenas en su territorio. Saavedra reaccionó con prontitud, el 23 de diciembre se dirigió a la misión capuchina de Toltén para conferenciar con los caciques, acompañado de su ayudante, el Sargento Mayor Gregorio Urrutia, y del Teniente 1° de marina Francisco Vidal Gormaz. Al lugar llegaron algunos jefes indígenas, pero al manifestarles que no se sentían autorizados a acceder a lo que se les proponía, el militar trató de

¹³ A. R. A., M. M. G. 1867.

persuadirlos, les manifestó la amistad del gobierno, finalmente se convino en efectuar un parlamento doce días más tarde.¹⁴

Antes de regresar y sabedor de que el hambre se había hecho presente entre las tribus de Toltén, como consecuencia de las malas cosechas, les repartió trigo y otros artículos lo que, a juicio del coronel, fue muy bien recibido por los indígenas. Un poco más tranquilo, se devolvió al sur y el 28 de diciembre tomó posesión de Queule, desembarcando del vapor Ancud la 1° compañía del batallón de artillería de marina; luego retornó a Valdivia para contratar a los carpinteros que debían ejecutar las construcciones en las nuevas plazas de La Frontera. Pasado el tiempo convenido con los caciques, Saavedra retornó a Toltén para efectuar el parlamento en el que nos hemos detenido al inicio de este artículo.

Si bien, a juicio de Saavedra, la parcialidad mapuche de Toltén se encontraba tranquila luego de esta reunión, no ocurría lo mismo con las de Boroa e Imperial, por lo que resolvió efectuar un nuevo parlamento, esta vez en Imperial, el 28 de enero y al que concurrió su ayudante Gregorio Urrutia. El saldo del encuentro fue positivo, las tribus se aquietaron. Más libre de estas preocupaciones, el 11 de febrero se dirigió a visitar las plazas militares de Lebu y Quidico para interiorizarse de sus necesidades y celebrar un nuevo parlamento con sus caciques con el objetivo de “disponerlos favorablemente a la sumisión al gobierno i a fin de aislarlos en sus relaciones amistosas con las tribus que habitan al sur del Imperial”.¹⁵ De vuelta a Toltén, hubo rumores de un posible alzamiento de las tribus de Boroa, los que no se concretaron pero, previendo que éstas u otras parcialidades decidieran atacar las nuevas plazas fuertes, se dispuso la toma de posesión de la Angostura de Collico, el 6 de marzo, distante ocho kilómetros al oriente de Toltén. Este era un punto estratégico, paso obligado de los indígenas del norte del río Toltén, en ruta hacia la plaza señalada. Esta medida trajo mayor confianza a la tropa y vecinos de la comarca.

En relación al establecimiento de una plaza fuerte en la boca del río Imperial, Saavedra evaluó la poca conveniencia de esta medida debido a que, según el reconocimiento efectuado por tierra¹⁶ era poco accesible por mar, debido a los obstáculos que presentaba su barra, generando el aislamiento de su población y previendo un escaso porvenir.¹⁷ A futuro, sugería el militar, era necesaria la construcción de embarcaciones especiales para franquear dicho obstáculo.

La ocupación practicada trajo grandes ventajas, a juicio del Gobierno de Chile. Los fuertes de Queule y Toltén, se unieron a los de Quidico y Lebu, con lo cual se consiguió la “ocupación real y efectiva de toda la costa de la Araucanía”. Así, se espantaba el fantasma de una ocupación en una guerra marítima, como la ocurrida con España. Internamente, estos centros militares se constituían en puntos vitales para la completa dominación de la Araucanía introduciendo la “civilización” en estas tierras, la seguridad al comercio y la

¹⁴ Este parlamento se desarrolló en la fecha convenida y es al que hemos hecho referencia al inicio de este texto.

¹⁵ Saavedra, 1870: 54.

¹⁶ Ver la expedición de 1866-67 en lo relativo a los informes de los tenientes Rugg y Vidal.

¹⁷ Esto nos lleva a la idea de la importancia de las redes de centros urbanos, más que las ciudades en sí.

adquisición de grandes extensiones de terreno. El propósito del gobierno se estaba cumpliendo con la presencia de 267 soldados destacados en Toltén, 56 en Queule, 25 en Collico, 20 en Los Boldos, 105 en Quidico y 56 en Lebu, en total 529 soldados.¹⁸

Pero era necesario continuar con el plan de ocupación y el cerco sobre la población mapuche. Para ello resultaba fundamental delimitar la frontera sur por medio de la fortificación de la ribera del Toltén. Así lo señalaba Saavedra en su memoria de 1869 (Saavedra, 1870: 152-165), en ella plantea la importancia de construir una serie de fuertes que, partiendo desde Toltén siguieran la costa sur del río homónimo, hasta sus nacientes en el lago Villarrica. De esta forma, surgieron los nombres de lugares estratégicos como Pucollán a 20 kilómetros de la plaza principal, Dónguila a 24 de la anterior, 20 kilómetros río arriba Pitrufrquén y finalmente, Villarrica distante 30 kilómetros de esta última. Para cubrir estas plazas era necesario 800 a 1.000 soldados que debían ser desplazados desde la frontera norte del río Malleco, una vez concluidas las obras de defensa que allí se practicaban. El establecimiento de la Línea del Toltén no tuvo la acogida deseada por el coronel y poco tiempo después Saavedra renunciaba. Será Gregorio Urrutia quien, el primer día de 1883 llegaba a las ruinas de Villarrica para refundarla, acto que significó la derrota militar mapuche y es asociado al término del proceso de “pacificación de la Araucanía”.

› **Comentarios finales**

La resistencia mapuche a las ciudades es de larga data. Ya sabemos de ello en tiempos de la Conquista la que terminó con la destrucción de las siete ciudades del sur. Esto también quedaba asentado en los parlamentos coloniales y se manifestaba reiteradamente en los republicanos. Por su parte, tanto españoles como chilenos asumieron que su presencia y control territorial pasaba por la instalación de ellas en territorio indígena. Esta tensión estaba presente en cada encuentro negociador entre mapuches y *wingkas*, y así ocurrió en un punto particular (Toltén) y un tiempo específico (8 de enero de 1867), había ocurrido antes y continuaría ocurriendo por unos años más. Tal vez la particularidad de este encuentro fue la navegación del vapor Fósforo por el río Toltén. Había ocurrido algo impensado o más bien *in-creíble*, ¿qué hacer?, ¿cómo responder?, ¿con qué resistir? Una vez vencidos sus protectores ¿qué les quedaba ahora? Posiblemente era una señal de un porvenir poco auspicioso.

Las actuales ciudades de la Araucanía son de corta data, en la mayoría de los casos sus orígenes se remontan a la segunda mitad del siglo XIX, más específicamente entre 1860-1883, producto de asentamientos militares (sobre un 80%). Un número significativamente menor surge al amparo de misiones religiosas, estaciones de ferrocarril y concesiones de colonización. No obstante, comparten un diseño común: el trazado de damero, prolongación del patrón de la ciudad colonial; innovaciones de otros, como la

¹⁸ A. R. A., M. M. G., 1867: 10-11.

funcionalidad de la plaza o la emergencia de nuevos hitos urbanos como fue la estación de ferrocarril. Los antiguos (mapuche) y nuevos habitantes (chilenos y europeos) de la Araucanía desarrollaron formas diversas de relacionamiento con la ciudad. En un primer momento, los mapuches se opondrán a su presencia. Luego concurrirán a ellas con el propósito de efectuar transacciones comerciales y de servicios, más tarde comenzarán a habitarlas. Por su parte los colonos, muchos de ellos provenientes de zonas urbanas, vieron en los pueblos un espacio más apropiado para el desarrollo de sus proyectos de vida. En este contexto, las culturas e historias diversas, así como las innovaciones tecnológicas y los contextos geográficos asociados a los recursos naturales, irán particularizando la historia e identidad de los pueblos de la Araucanía y la “sociedad urbana” que en ellos se constituye.

Estas ciudades, pueblos o centros urbanos como los hemos llamado indistintamente en este texto, constituyeron expresión de la acción estatal y soporte material donde el Estado ancla su institucionalidad y poder. Desde aquí, en forma individual y conjunta con otros centros urbanos, el Estado busca extender su influencia hacia el resto del territorio. Los resultados de la acción estatal no son homogéneos, permanentes y crecientes en el tiempo y en un tiempo, fluctuarán de acuerdo a los contextos y dinámicas históricas.

Dos últimos comentarios. El primero es que, aunque no lo abordamos en este texto, nos parece evidente que los procesos de estatalidad, esto es un mayor grado de presencia y control estatal, fueron avanzando el siglo XX en la Araucanía, dinámica que no ha estado ajena a resistencias como se puede observar en el presente. El segundo, creemos que el proceso que observamos para el *Ngulumapu* /Araucanía es extensivo al *Wallmapu*, esto nos lleva a pensar que, a partir de las últimas décadas del siglo XIX, el *Gulumapu*-chileno y el *Puelmapu*-argentino comenzaron un proceso de rearticulación distinto al desarrollado en la territorialidad indígena de los siglos anteriores, como también lo han señalado otras investigaciones. En éste las ciudades jugaron y juegan un papel gravitante en la medida que son éstas las que articulan los espacios locales, regionales, nacionales e internacionales. Finalmente, los caminos terminan por conectar las ciudades de Temuco y Neuquén.

Fuentes

Archivo Regional de la Araucanía, Memoria Ministerio del Interior 1866, Memoria del Intendente de Valdivia, Valdivia, junio 6 de 1866, pp. 165-167.

Archivo Regional de la Araucanía, Memoria del Ministerio de Guerra 1867, Órdenes dadas al Comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias en las costas de Arauco, Teniente Coronel don Cornelio Saavedra por Federico Errázuriz, Santiago, diciembre 10 de 1866.

Archivo Regional de la Araucanía, Memoria del Ministerio de Guerra 1867, Memoria de los trabajos emprendidos en la ocupación militar de la costa de la Araucanía en el año de 1867.

Bibliografía

Lara, H. (1889). Crónica de la Araucanía. Descubrimiento i Conquista. Pacificación Definitiva i Campaña de Villa-Rica. Tomo II, Santiago, El Progreso.

Leiva, A. (1984). El primer avance a la Araucanía. Angol 1862. Temuco, Universidad de La Frontera.

Saavedra, C. (1870). Documentos Relativos a la Ocupación de Arauco, Santiago, La Libertad.

Tilly, C. (1990). Coerción, capital y los estados europeos, 990-1990, Buenos Aires, Alianza.